

FISIOLOGÍA EN RELACIÓN CON VERDAD ESPIRITUAL

Parte 4 y final

H & F 1927

CAPÍTULO 5. La estructura del cuerpo: Continua El Esqueleto.

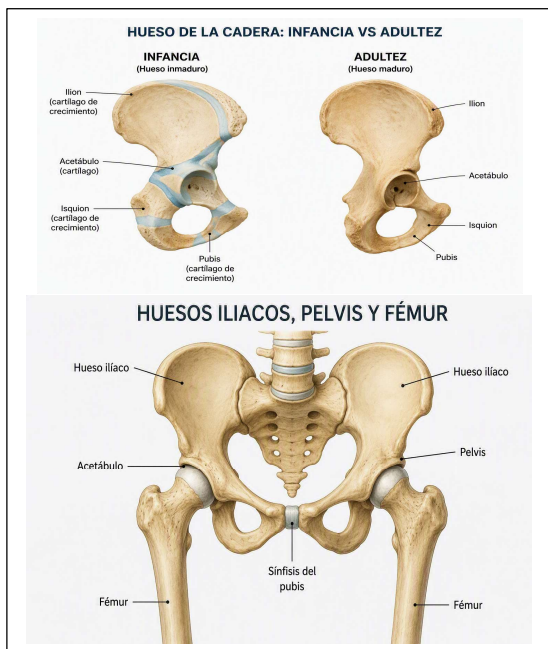
A continuación, hablaremos de los huesos que forman la estructura de las extremidades superiores e inferiores. Dado que hemos estado analizando el tórax o tronco, continuaremos descendiendo para comprender mejor la postura y la marcha, tal como se refleja en los huesos de las extremidades inferiores.

Ya hemos mencionado la importancia de la pelvis como base del tronco o cuerpo. La palabra "cuenca" *describe* adecuadamente una de sus funciones: contener, en gran medida, las vísceras. Esta función la desempeña en relación con el sacro y el cóccix, el extremo de la columna vertebral.

¡Cuán necesario es que los diversos elementos espirituales, descritos en las Escrituras como los "intestinos", tengan el sólido apoyo y estén bajo el control de la palabra segura de Dios, vitalmente unidos a nuestro ser! Podemos aplicar esto individual y colectivamente. Si nos dejamos llevar por **nuestros** sentimientos y emociones, o incluso por el funcionamiento de nuestros deseos y afectos, sin el fuerte apoyo de la palabra fortalecedora de Dios, seremos "débiles", demasiado maleables y poco aptos para adoptar y mantener una postura firme. Elí tenía un desarrollo excesivo de las vísceras, sin la firmeza correspondiente que lo hubiera limitado y restringido; era "un anciano y corpulento" (1ª Sam.4:18). Vemos lo mismo sin la presencia de la gracia en el corpulento Eglón (Juec.3:17, etc.).

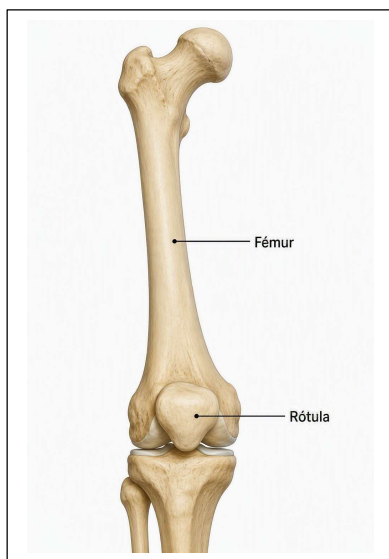
También debe existir esta fuerza subyacente de la Palabra en nuestras relaciones corporativas, en la asamblea. Incluso la verdadera ternura y afectos espirituales no servirían como sustituto a la sumisión a la Palabra. Que se recuerde que el "hueso" no es la Palabra externa a nosotros mismos, lo que podría resultar en legalidad y formalismo, sino en unión vital con nosotros. Si los sentimientos y afectos de la Iglesia superan su sólida base y asimilación con la Palabra, el testimonio se vuelve débil y flácido, demasiado maleable y complaciente para mantener una posición erguida y firme para la gloria de Cristo. Al lector reflexivo se le ocurrirán muchas aplicaciones. Hay laxitud en la recepción sin el debido cuidado; el orden de la casa no se mantiene con firmeza; ¿los enemigos de la verdad? No se enfrentan ni se combaten con vigor si la

corpulencia espiritual ha envuelto y superpuesto la base pélvica de la verdad. Como en la naturaleza, así en la gracia, esta corpulencia y amabilidad despreocupada son el resultado de alguna forma de autocomplacencia. Puede que no sea exactamente carnal, sino una superabundancia de afectos sin el contrapeso de la verdad.



Pero hablamos de la pelvis principalmente como el "cinto" de las extremidades inferiores. Está compuesta, como hemos visto, por los dos huesos en el extremo de la columna vertebral —el *sacro* y el *cóccix*— y los dos grandes huesos de la cadera, llamados *huesos ilíacos*. Hablando de estos simplemente, el hueso de la cadera en la infancia está compuesto por tres partes: el ilion o parte superior, el isquion o parte inferior y el pubis, que ayuda a formar la parte anterior de la pelvis. Estas tres se unen y forman el acetábulo o cavidad para el fémur. Es bueno ver que toda firmeza en las cosas de Dios está estrechamente ligada a la actividad también.

La cadera no sólo sirve de soporte, sino que también es el punto de partida de la marcha. La mera rigidez, sin la capacidad para caminar, sería terquedad. Un individuo o una empresa pueden enorgullecerse de su conservadurismo y estabilidad, pero su forma de caminar no está preparada. La articulación, o acetábulo, es tan poco profunda que el fémur se sale. Esta dislocación de cadera es más frecuente en temas espirituales que en naturales.



El fémur o hueso del muslo es el hueso más largo y fuerte del cuerpo, como debe ser para soportar el peso y cumplir la función para la que fue diseñado.

Su forma en ambos extremos, con una amplia articulación, mediante una articulación esférica en la cadera y una articulación tipo bisagra en la tibia y el peroné, está perfectamente adaptada a sus necesidades. La actividad y la estabilidad están presentes en él. Estar de pie y caminar son sus funciones. Esto exige meditación más que exposición cuando llegamos al significado espiritual.

Es importante destacar que este hueso es *uno solo*; la fuerza y la movilidad son las principales



cualidades requeridas.

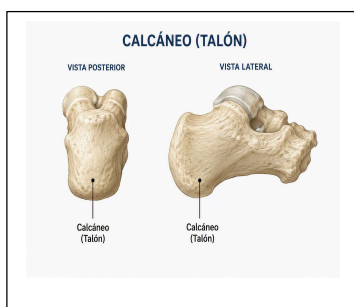
Al descender, encontramos *dos*: la tibia y el peroné; luego, *siete* del tarso, *cinco* del metatarso y *catorce* de las falanges. Se requiere mayor adaptabilidad al llegar al punto de contacto con el suelo. Un breve vistazo a cada uno de estos grupos debe ser suficiente, sirviendo simplemente como sugerencia para que el lector explore la analogía por sí mismo.

La tibia, el mayor de los dos huesos que forman la pierna, se une al fémur, mientras que el peroné, o hueso más delgado, se une a este. Ambos huesos se articulan con un hueso del tobillo. Los discípulos fueron enviados de dos en dos, porque «dos son mejor que uno» (Ecl.4:9), y sin duda uno de ellos era el más fuerte. Esto se ve claramente en Pablo y Bernabé. La fortaleza de uno se complementaba con la «consolación», como su nombre lo indica, del otro.

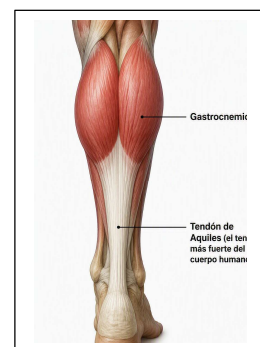
Así pues, en nuestro caminar individual, los dos elementos de fuerza y adaptabilidad están presentes en todo cristiano normal.

No debemos pasar por alto la humilde pero importante rótula, cuyo servicio en la protección de la articulación de la rodilla es tan esencial. Una rodilla rígida interfiere con la locomoción, y la rótula protege contra esto. El sobrino de Pablo fue tal protección (Hechos 23; 16, etc.), y fue usado por Dios para permitir que el amado apóstol continuara su "marcha" triunfal, aunque prisionero. Al arrodillarse, la protección de la rótula, más o menos directa, asegura que no se produce ningún daño. No debemos considerar la oración como un obstáculo para el progreso espiritual. El tiempo que pasamos de rodillas se verá reforzado por una mayor lucidez espiritual: «Correrán y no se cansarán» (Isaías 40:31).

El tarso, como se denominan los siete huesos del tobillo y la parte superior del pie, es donde la persona toca el suelo. El hueso del talón, el calcáneo, es el más grande y fuerte; no sólo es un soporte sino también una palanca a la que se une el músculo principal de la locomoción, el gastrocnemio, el tendón más fuerte del cuerpo.



Estos siete huesos del tarso, de forma irregular y unidos por ligamentos, están maravillosamente adaptados a su función: fuerza y movilidad. Los siete pueden recordarnos la postura perfecta, como la sangre que fue rociada siete veces ante el propiciatorio (Lev.16:14), que también admite los

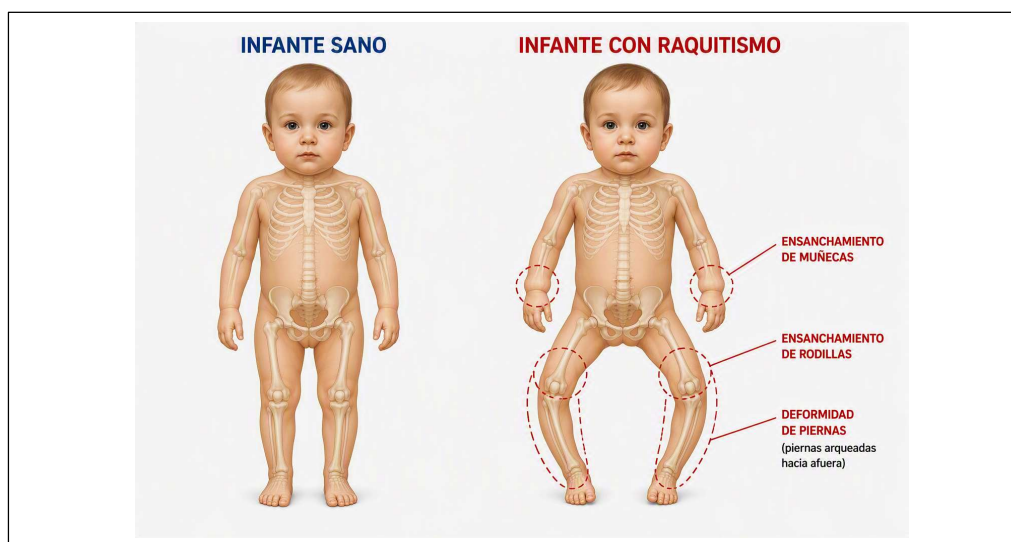


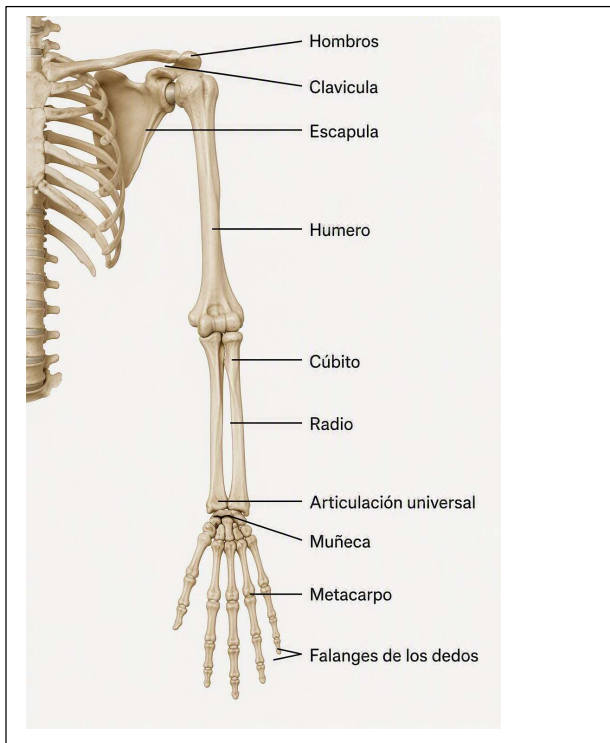
movimientos necesarios para caminar: «Anda delante de mí y sé perfecto» (Génesis 17:1). Ciertamente no podemos negar la *provisión* para nuestro caminar: «El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo» (1ª Juan 2:6). Igualmente, debemos reconocer nuestra dependencia de Otro para tener la fuerza para hacerlo. Esto se imparte desde el principio, y sin embargo, el sentido de dependencia nunca debe perderse. «Sus pies y tobillos recibieron fortaleza», es decir, el fundamento o base (Hechos 3:7), y esto fue seguido por el salto de alegría y el caminar firme que siguió.

Los cinco huesos del metatarso, o empeine, sugieren la medida de nuestra responsabilidad al caminar, seguidos por las catorce falanges, tres para cada uno de los dedos menores y dos para el dedo gordo. Aquí, el 2x7 da testimonio de la provisión para caminar, y las tres falanges en cada dedo, junto con las dos del dedo dominante, bien podrían traducirse en el lenguaje de las Escrituras: "Enoc *camino con Dios*", actividad en comunión.

Al hablar de los huesos de las extremidades inferiores, no está de más mencionar que el andar no es algo adquirido en el recién nacido hasta que la formación y el endurecimiento de los huesos hayan progresado lo suficiente para garantizar la seguridad. Cualquier precocidad excesiva en este sentido debe ser controlada. El nacimiento, la nutrición y el crecimiento culminarán en un caminar como Sacerdotes Reales a su debido tiempo (1ª Ped.2). No podemos obligar a los bebés; de lo contrario, sufrirán una reacción adversa o una desfiguración permanente.

¡Qué importante es también una nutrición ósea adecuada, para que las extremidades del pequeño se mantengan libres de raquitismo, con sus consiguientes deformidades y debilidad! Aquí, tanto literal como espiritualmente, se indica la leche de la Palabra, con su calcio estable.





El quinto grupo de huesos del esqueleto está compuesto por los huesos del brazo, con la cintura escapular. Como la disposición bilateral está completa aquí, hablaremos de un lado a la vez. La cintura pélvica está compuesta por dos huesos, la clavícula, o hueso de la clavícula, en la parte delantera, y la escápula, u omóplato, en la parte posterior. Mediante la articulación con el esternón, o hueso del pecho, en un extremo, y con la escápula en el otro lado, las dos clavículas completan el circuito de la parte superior del tronco, y así se forma el soporte para los brazos. Si la clavícula se rompe o el hombro se disloca, el brazo cae sin poder moverse.

Los hombros, formados prácticamente por la unión de la clavícula y la escápula, son sinónimo de fuerza. La coraza del Sumo Sacerdote se sujetaba a la altura de los hombros y del cinturón. Así reposaba sobre su pecho. "Cuyo amor es tan grande como su poder" da el significado. Aquí el Pastor puso las ovejas para llevar. Con alegría regresa a casa. Aquí el gobierno descansa seguro (Isaías 9:6). Todo el marco, podríamos decir, se centra en el hombro. ¡Qué humillante es entonces inclinar el hombro y convertirse en siervo para tributo (Génesis 49:15)!

La estructura del húmero, o brazo, y su articulación son similares a las del fémur, sólo que hay espacio para un movimiento más libre. Los dos huesos del antebrazo, el cúbito y el radio, gracias a su articulación, permiten el uso completo de la mano, que es una maravilla de adaptabilidad debido a la "articulación universal" en la muñeca, o carpo. Los ocho huesos de este último nos recuerdan el "nuevo pacto", cuando con leyes escritas en el corazón, el trabajo de la mano dejará de ser el esfuerzo legal. El metacarpo, con sus cinco huesos, anticipa el significado espiritual de los cinco dedos, las medidas de la capacidad y responsabilidad del hombre. La articulación de bisagra de las falanges, o dedos, conserva la direccionalidad del movimiento; "Todo lo que tu mano encuentre para hacer, hazlo con todas tus fuerzas" (Eclesiastés 9:10).

Así hemos realizado un breve y parcial estudio de la estructura de nuestro cuerpo. ¡Cuán bueno es Aquel que nos ha provisto no sólo de un soporte y poder literal para apalancamiento en todos los movimientos corporales, pero también en el espiritual!

¡Todo sea usado para Su alabanza!

CAPÍTULO 6 — Tejido muscular; Estructura y agrupación de los músculos

Pasamos ahora de la estructura ósea del cuerpo a lo que está más cerca de ella: la cubierta que envuelve todo el esqueleto. El tejido muscular constituye *entre* el 40 y el 50 por ciento del peso corporal. Nos impresiona la completa unidad del cuerpo al considerar cualquier parte de este. Un esqueleto, aparte de su envoltura muscular, es un testimonio de la muerte, ante la cual las personas se apartan instintivamente. Y sin embargo, sin esta estructura básica, toda la musculatura sería amorfa y débil. Así, recordamos que no puede haber "división en el cuerpo".

De igual modo, los músculos, por muy completamente formados, grandes y aparentemente vigorosos que sean, serían absolutamente inertes y sin vida sin el sistema nervioso que les proporciona la fuerza motriz. Por lo tanto, podemos pensar en los músculos como la conexión entre el esqueleto y los nervios. Para usar una metáfora conocida, el cuerpo puede considerarse como una grúa perfectamente construida, en la que las vigas corresponden a la estructura ósea, y la fuerza motriz, el cableado y la corriente eléctrica, a los nervios; y entre estos, los músculos. El tejido responde a las cuerdas sin las cuales no *podría* haber vínculo entre el marco y el poder.

Hemos observado que la estructura del hueso es, por así decirlo, una profecía de las demás partes del cuerpo. No se trata simplemente de materia mineral, como si estuviera compuesta de piedra o metal, sino de tejido vivo infiltrado por las sales minerales que le dan forma y estabilidad. Vimos que, en el cuerpo espiritual, ya sea del individuo o de la Iglesia en su conjunto, la estructura y el fundamento de todo es la parte viva impregnada y caracterizada por la Palabra de Dios que mora en él. «Os he escrito, jóvenes, porque sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros» (1ª Juan 2:14).

Este tejido vivo en el hueso forma así el vínculo para que el tejido muscular se adhiera y se identifique con él. El periostio vivo, el cartílago y los tendones forman así un todo unificado. De manera similar, las diversas articulaciones señalan la necesidad de los músculos mediante los cuales los movimientos en estas articulaciones tienen lugar.

Antes de abordar los detalles, tanto de estructura como de forma, hablamos de ciertos servicios obvios prestados por el tejido muscular. Forma las paredes del corazón, el estómago y los intestinos, tomando así el lugar de la estructura ósea, por ejemplo, del cráneo y el tórax. Sin embargo, no es rígido, sino que mediante la contracción y la relajación cambia el tamaño y la forma de los órganos, posiblemente las pulsaciones del corazón y los movimientos de las vísceras y los vasos sanguíneos. En la formación del hombre nuevo, individualmente o en la Iglesia, mientras todo está de acuerdo con y bajo el amparo de la palabra de Dios, no es una verdad rígida y abstracta la que es el órgano de la actividad, sino los

tejidos frescos que la gracia y la verdad han formado en la persona viva, o en la Iglesia colectiva, el Cuerpo. Donde hay una pérdida de este tejido fresco, se produce el endurecimiento de las arterias y otras partes, lo que da lugar a la decadencia senil, con su consiguiente enfermedad. («Has abandonado tu primer amor» Apoc.2:4).

«Que la palabra de Cristo habite en ustedes abundantemente, enseñándose y exhortándose unos a otros con toda sabiduría» (Col. 3:16). Así, no sólo constituye el marco, sino que es dinámica, vital y personal. "Ten un esquema, una figura subyacente, o forma básica de sanas palabras, que has oído de mí, en fe y amor que son en Cristo Jesús" (2ª Tim.1:13, JND). Aquí hemos enfatizado el fundamento firme del testimonio inspirado, que corresponde a la estructura ósea, pero es "en fe y amor", con la movilidad del tejido muscular. De esta manera podríamos comparar el tejido muscular con el nuevo crecimiento del árbol, que da el fruto. El tronco y las ramas forman la estructura que sostiene el árbol, pero el *nuevo crecimiento da el fruto*. En la escritura parcialmente citada arriba, Éfeso tenía mucha fidelidad, podía rechazar el mal, probar a los apóstoles profesos, pero le faltaba el gozo del primer amor, y esto, si no se controlaba, resultaría en la eliminación del testimonio (Apoc.2:1-7). *La mera ortodoxia* no sustituirá la comunión viva.

Toda la formación muscular, con sus variadas partes, envuelve y cubre la estructura ósea. Además de su gran labor de producir todos los movimientos del cuerpo, reviste la forma humana de simetría y belleza. Con el relleno del tejido adiposo, es testigo de la salud y el vigor de la persona. "Cuando con reprensiones corriges al hombre por su iniquidad, haces que su belleza se consuma como la polilla" (Salmo 39:11). La delgadez excesiva es una deformidad tan grave como la obesidad extrema. El príncipe de los eunucos temía que la falta de nutrición resultaría en la pérdida de vigor y belleza en sus jóvenes protegidos, pero sus temores eran infundados, pues después de la prueba diez días los encontró "más hermosos y fuertes que todos los jóvenes que comieron la porción de la comida del rey" (Dan.1:8-16). "Él les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. Entonces los discípulos decían unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer? Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe Su obra" (Juan 4:32-34). Nuestro bendito Señor estaba en pleno vigor, pero su alimento no era el del mundo. Nosotros también debemos alimentarnos del "pan de los poderosos" (Salmo 78:25). "Él te alimentó con maná, que "tú no lo sabías, ni tus padres tampoco; para que Él te hiciera saber que el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale *de* la boca del Señor" (Deut.8:3) Esta parte de nuestro tema, sin embargo, deberá esperar hasta que hablemos de nutrición y asimilación. Por ahora, bastará con mencionar la función del tejido muscular: revestir al hombre de belleza y mostrar vigor.

Debemos añadir la obvia observación de que el tejido muscular es el medio de movimiento en todo el cuerpo. Sin músculos no podríamos dar un paso, mover los párpados ni tener latidos en el corazón. El movimiento es un signo de vida.

Cuando un hombre deja de moverse, de respirar o de tener latidos, está muerto. La forma, la belleza y el movimiento dependen de los músculos. Vemos, por lo tanto, su importancia, su eminente importancia en el mecanismo del cuerpo; e igualmente su función espiritual tiene un lugar indispensable en el "hombre nuevo" y en el Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

A continuación, hablaremos de las características del tejido muscular, de todo tipo, que le permiten realizar los movimientos casi interminables del cuerpo. Estas son:

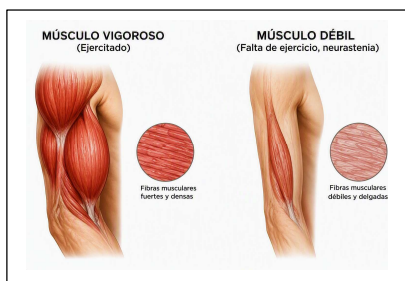
- (1) Irritabilidad,
- (2) Contractilidad,
- (3) Extensibilidad y
- (4) Elasticidad.

La irritabilidad, o sensibilidad, es la capacidad del tejido muscular para recibir y responder a la estimulación.

La contractilidad es la respuesta del músculo a la estimulación y se manifiesta en su cambio de forma, volviéndose más corto y grueso.

La extensibilidad permite que el músculo se estire, y *la elasticidad* es la acción inversa, permitiéndole volver a su forma original. Estas dos últimas características son opuestas y normalmente sirven para mantener los músculos listos para un movimiento rápido y fluido. Estas dos últimas características son opuestas y, normalmente, sirven para mantener los músculos preparados para un movimiento rápido y fluido.

La ligera tensión de cada músculo se mantiene gracias a su elasticidad. Si consideramos cada músculo como una representación del individuo, vemos en estas cuatro características la adaptación de cada miembro del cuerpo para responder a los impulsos que le llegan del espíritu que lo controla, manifestada por el cambio del reposo normal a una tensión, más o menos fuerte según la naturaleza del impulso. Esta contracción puede compararse con el acto de retraerse sobre uno mismo, como si se ciñera a la cintura (1ª Pedro 1:13).



La relajación y la facilidad dan paso a una invocación, y al correspondiente fortalecimiento y expansión de las facultades espirituales. Estas se vuelven más individuales y quedan bajo el control de la fuerza estimulante.

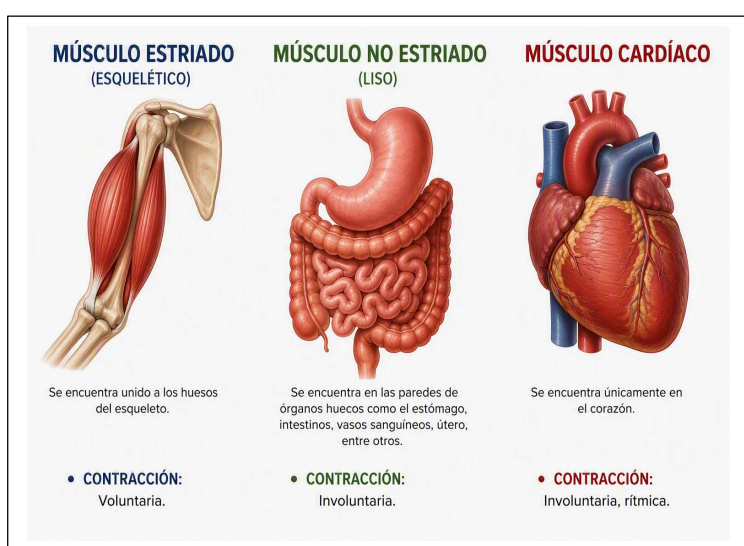
Lo opuesto a este tono nervioso es una relajación excesiva, causada por una debilidad y blandura del control nervioso. Este no es el lugar para extendernos sobre las diversas afecciones del sistema nervioso, que veremos más adelante, y aquí bastará con señalar la conexión entre la neurastenia y la lasitud general del tejido muscular. La fatiga, el agotamiento y la falta de inclinación al

esfuerzo son las características más marcadas de esto.

Es fácil ver el significado moral y espiritual de esto. La falta de tonicidad del alma es demasiado frecuente. En cambio, estar "dispuestos a toda buena obra" (Tit.3:1), somos propensos a dejar caer las manos, a que las rodillas se debiliten, con los consiguientes caminos tortuosos y trabajo incompleto. Porque la necesidad de ser incitados a la acción repetidamente, seguida de largos períodos de inercia espiritual, no es una señal de salud y prosperidad del alma (3ª Jn.2).

Por nuestra estructura física, el estado normal de los músculos es ligeramente tenso, y lo mismo ocurre con el hombre espiritual. Que podamos recuperar una lucidez del alma que nos lleve a "esforzarnos por alcanzar la meta" (Fil.3:14).

Hay tres clases generales de músculos:



(1) Los estriados, o rayados, que están unidos a la estructura ósea y también se llaman voluntarios y esqueléticos. Estos son los músculos del movimiento voluntario, en gran medida bajo el control de la voluntad.

(2) Los lisos, o no estriados, también llamados viscerales e involuntarios, lo que indica su separación del control de la voluntad.

(3) El cardíaco, o tejido del corazón, que en cierto sentido es intermedio entre los otros dos tipos, pero es involuntario, con características propias marcadas.

El tejido estriado, o voluntario, se caracteriza porque cada célula tiene varios núcleos, por lo que podríamos llamarlo célula múltiple. Estas células son bastante largas y están compuestas de sustancia contráctil, los núcleos y una especie de vaina o tubo que las envuelve. Podríamos decir que los músculos, compuestos por estas células, presentan la misma disposición general. Están envueltos en vainas que forman numerosos haces alargados, abundantemente irrigados por vasos sanguíneos y nervios.

Los distintos músculos están, por lo tanto, recubiertos por láminas de tejido fibroso que los unen y los forman en grupos, o bien, en grandes músculos individuales. Estos últimos varían en forma y tamaño según su función: algunos son cortos, otros planos y otros largos.

Este breve resumen basta para esta parte del tema. Sin duda, un análisis más detallado revelaría muchas más analogías. Lo que destaca es la unidad en la multiplicidad, la nutrición abundante y la completa sumisión al control nervioso.

Así sucede con los poderes del hombre espiritual. Hay diversidad de dones (lo que se otorga), pero el mismo Espíritu; de administración (servicios), pero el mismo Señor; de operación (efectos, obras), pero el mismo Dios obrando en todos (1ª Cor.12:4-6). En el pasaje citado, la referencia es principalmente al Cuerpo de Cristo en su totalidad, a los diversos dones y operaciones de los diferentes miembros. Pero lo mismo se aplicaría a los diversos elementos que componen las facultades espirituales y el funcionamiento del individuo. Las fuerzas resultantes que operan en nosotros son los resultados de una serie de características distintas. Tomemos, por ejemplo, la acción de predicar el Evangelio: cuántos elementos la componen. Está el conocimiento del terror del Señor (2ª Cor.5:11); el amor imperioso de Cristo (véase v.14); el sentido de responsabilidad (v.10); el deseo de agradar al Señor (v.9); el anhelo de amor por las almas, "Os rogamos" (v.20), todo distinto, y sin embargo unido para lograr un sólo propósito: "Persuadimos a los hombres".

Lo mismo podría decirse del cuidado pastoral de las almas: allí está el amor a los corderos y ovejas, la obligación para con el Señor, el interés compasivo, la delicadeza y la discreción. No falta ni una sola fibra en la estructura espiritual, ninguna debería faltar en llevar a cabo los mandatos del Maestro: "Ámame; apacienta mis corderos, pastorea mis ovejas" (Juan 21:15-17).

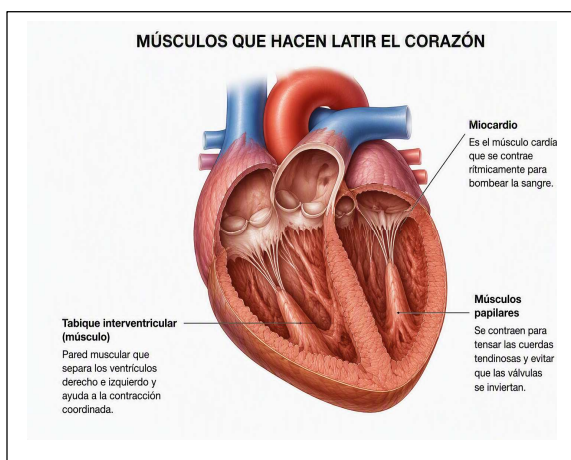
¡Qué provisión completa se hace para el sustento y la energización de cada elemento en todo este servicio! Ninguno de nosotros puede alegar suministro insuficiente o falta de poder; "Según al poder que obra en nosotros" (Ef.3:20); "Todo lo puedo en Cristo que me fortaleció" (Fil.4:13).

Al regresar al Cuerpo de Cristo en su totalidad, encontramos la misma gran verdad de diversidad en la unidad, la misma provisión misericordiosa y completa para «la actividad eficaz en la medida de cada miembro» (Ef.4:16). Discernimos los diversos dones, pero están estrechamente ligados en una unidad armoniosa. Algunos están más vinculados entre sí en el servicio que otros. Hay grupos de personas dedicadas al mismo servicio. Los discípulos fueron enviados de dos en dos; Pedro y Juan estaban ambos dedicados a su obra de sanación y testimonio (Hechos 3); Pablo siempre anheló la presencia y la ayuda de uno o más colaboradores. Él podía deletrear: «de aquellas mujeres que trabajaron conmigo en el evangelio» (Fil.4:3). Aquí tenemos las diversas «células» individuales unidas en una actividad común. Pero, por muchas que sean, se provee para la nutrición y estimulación directa de cada una por separado.

En todo esto hemos hablado de la importancia de los músculos estriados o voluntarios. Lo mismo ocurre con los **músculos involuntarios, no estriados**, que forman las paredes móviles de las vísceras. Aquí no nos referimos tanto al servicio externo relacionado con la estructura ósea del testimonio, sino a los procesos vitales vinculados con la construcción del "hombre interior". De la misma manera, podemos aplicar esto tanto al individuo como al organismo. Todos los procesos de nutrición, asimilación y eliminación están controlados por estos músculos involuntarios, casi automáticos. En la célula aquí hay un sólo

núcleo, lo que enfatiza la unidad de cada porción del hombre interior. La comunión con Dios parece ser el pensamiento prominente aquí. "Si hay algún consuelo en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si alguna entraña y misericordias", las vísceras, compuestas por los músculos involuntarios (Fil.2:1). La comunión con Dios no es exactamente lo mismo que la actividad, aunque no son ideas contradictorias. El alimento y los procesos vitales que nos dan fuerza para servir no se aseguran exactamente por el esfuerzo. Es la "permanencia" de la que habla nuestro Señor (Juan 15) la que produce fruto. Hay una vida oculta, una vida interior, en la que bebemos bajo el control directo del Espíritu los abundantes consuelos y el alimento de Cristo. Hay movimiento, pero está bajo *Su* control. Los dos tipos de músculo podrían ilustrarse con María y Marta, en sus respectivas esferas.

El tejido cardíaco se encuentra exclusivamente en el corazón. Sus células, al igual que las de las vísceras, son involuntarias, aunque no lisas. Son más cortas que las de los músculos voluntarios o viscerales, y carecen del sarcolema que las envuelve; contienen un sólo núcleo y se agrupan en haces unidos por finas fibrillas que conforman el órgano en su conjunto.



La característica más destacada del músculo cardíaco no es sólo su acción involuntaria o automática, sino también su ritmicidad. Esto es inherente al tejido y, además, está controlado por los nervios. Día y noche, desde el nacimiento hasta el final de la vida, este maravilloso mecanismo continúa su labor sin esfuerzo alguno por parte de quien depende de su infalible funcionamiento para su supervivencia.

Aquí lo mencionamos simplemente en relación con la naturaleza de su tejido muscular. Confiamos en que, en su debido momento, lo analizaremos con mayor detalle. Todo el sistema circulatorio es una de las maravillas de la estructura, «creado de forma asombrosa y prodigiosa».

¡El corazón! Es el hombre, tanto en sentido físico como espiritual. "Porque cuál es su pensamiento en su corazón, tal es él". "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida" (Prov.4:23). Y, sin embargo, en un sentido muy real, está más allá del control del hombre. ¡Y qué bueno que sea así! Supongamos que tuviéramos que vigilar y producir las pulsaciones de nuestro corazón. Su lejanía y, sin embargo, su cercanía, su absoluta necesidad para nuestra vida, ¡y aun así no podemos tocarlo! Parece enfatizar así lo que está en manos de Dios. "*Crea* en mí, oh, Dios, un corazón limpio" (Salmo 11:10). "Es necesario nacer de nuevo" (Juan 3:7). Absoluta necesidad, y sin embargo, total dependencia de Dios. ¿No puede el carácter estriado y a la vez involuntario del

músculo cardíaco enseñarnos la estrecha conexión (con el músculo voluntario), y a la vez la distinción? Como en el tercer capítulo del Evangelio de Juan tenemos la necesidad del nuevo nacimiento que enfatiza la impotencia del hombre, sin embargo, en la fe que contempla al Hijo de Dios exaltado, ¿no podemos tener el antitipo del tejido estriado? "Con el *corazón* el hombre cree para justicia" (Rom.10:9). Así, Dios se encuentra con el hombre donde su absoluta impotencia es más manifiesta.

Dejaremos de lado la breve consideración de las características de los tejidos musculares para buscar en su agrupación y funciones específicas algunas de las enseñanzas espirituales que transmiten. Ya hemos hablado de la agrupación general, según el tipo de tejido, en músculos voluntarios, involuntarios y cardíacos. Lo que nos ocupa ahora es la clasificación o agrupación de los músculos voluntarios, que son, en efecto, a los que nos referimos habitualmente cuando hablamos de músculos.

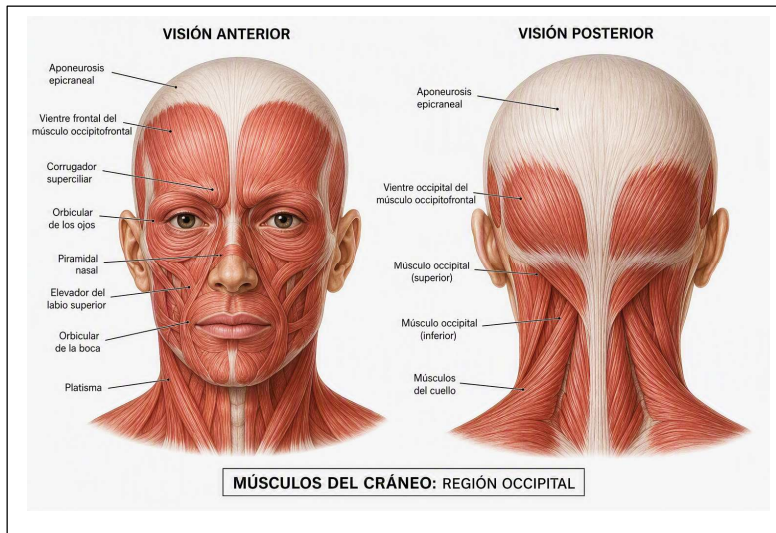
Por su tamaño y función general de superponerse a las diversas articulaciones para producir movimiento, no podemos limitar los músculos dentro de los límites exactos que separan el esqueleto en sus cinco partes principales. Y, sin embargo, encontraremos que, en general, se agrupan en la misma clasificación. Por lo tanto, la utilizaremos como guía en su agrupación.

(1) Aquellos especialmente conectados con la cabeza y el cuello; (2) Aquellos vinculados con la columna vertebral y la espalda; (3) Los músculos del tórax; (4) Los músculos de las extremidades inferiores, y (5) Aquellos de las extremidades superiores. El hecho de que, en gran medida, aunque no exclusivamente, deriven sus nombres de su ubicación demuestra la naturalidad de esta agrupación.

1. MÚSCULOS CONECTADOS CON LA CABEZA Y EL CUELLO.

El número de estos es muy grande, hay unos treinta músculos faciales. Los agruparemos en siete categorías generales:

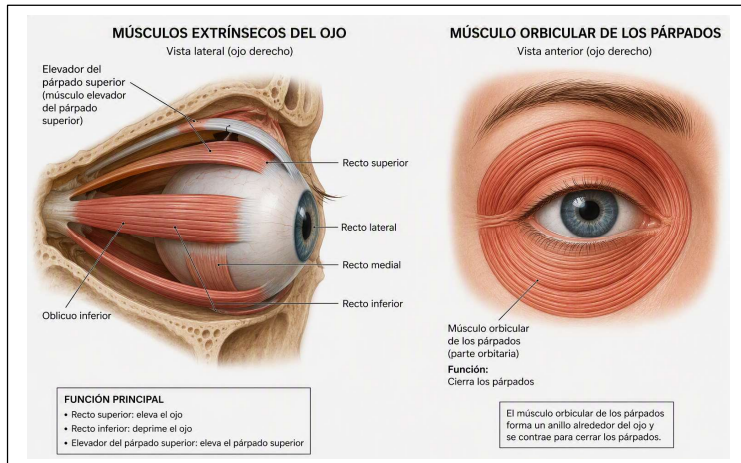
- (1) Músculos del cráneo,
- (2) del ojo,
- (3) de la nariz,
- (4) de la masticación,
- (5) de la boca,
- (6) de la lengua,
- (7) del cuello.



(1). Un músculo grande y ancho se extiende desde la parte posterior de la cabeza, el occipucio, hasta los tejidos de las cejas. Este se divide en dos partes conectadas por una formación tendinosa en la parte superior de la cabeza. Todo el músculo, debido a esta doble división, se denomina *músculo occipitofrontal*.

Podríamos imaginar el cráneo sin cubierta muscular, lo que lo haría completamente rígido; no sólo protege la zona, sino que además le confiere movilidad. Esto se aprecia especialmente en la parte frontal, que eleva las cejas y provoca las arrugas transversales de la frente. ¡Qué inexpresivo sería el rostro si no hubiera movimiento en la parte superior! Estas arrugas son señales del pensamiento, no necesariamente de preocupación o ansiedad, sino más bien de experiencia y de una perspectiva amplia y distante de las cosas; podría decirse, por ejemplo, que se alza la mirada. Por el contrario, las marcas de cuidado y de pensamiento intenso son las líneas verticales, producidas por dos de los músculos nasales o faciales, el *corrugador superciliar* y el *piramidal nasal*, que trazan hacia abajo el ángulo interno de las cejas. Anticipando un poco el significado de este músculo facial podemos ver en él la concentración que se ocupa de una vista cercana de lo que está cerca, lo cual es muy necesario, pero necesita ser controlado, o llevará a una ocupación indebida de las cosas terrenales, engendrando preocupación, sospecha y las características que acompañan a una visión unilateral de las cosas. "Echando toda vuestra ansiedad sobre Él, porque Él cuida de vosotros" (1ª Ped.5:7), es el remedio indicado aquí. No tener preocupación indica la indiferencia de la mente carnal; estar abrumado es señal de falta de fe. Que el Señor nos libre de ambos extremos. Observemos con serenidad y veracidad las cosas tal como son, y luego alcemos la vista a Aquel de quien sólo viene nuestra ayuda (Salmo 121:1-2).

(2) Siguiendo nuestra agrupación, debemos hablar un poco en detalle de los **músculos del ojo**, de los cuales hay ocho. Estos están en pares, moviendo el ojo en direcciones opuestas; el *recto superior e inferior* giran el globo ocular hacia arriba y hacia abajo; el interno y el externo cumplen la misma función lateralmente, y un par oblicuo gira el ojo hacia arriba o hacia abajo y hacia afuera.



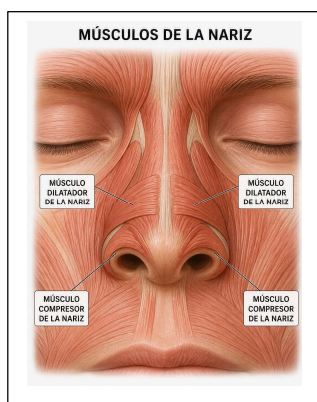
Además de estos músculos que dan tal variedad de movimiento, tenemos el músculo que abre el ojo, levantando el párpado superior, el *elevador del párpado superior*, y los músculos en forma de anillo que sirven en una de sus dos partes para cerrar el ojo con fuerza, y en la otra para llevar a cabo la acción automática constante de

parpadear y mantener *su* superficie húmeda del saco lagrimal, con la ayuda de otros músculos diminutos.

Aquí tenemos una variedad de detalles que son en gran medida auto explicativos. Considerando el ojo como el órgano de la fe, *Anatomía de Gray*, págs. 320, 324, La región palpebral y nasal, visto en la serpiente alzada y su explicación divina, Núm.21:7-9; Juan 3:14-16, se nos recuerdan muchas cosas. A menudo se ha dicho que debemos considerar la *fuerza* de nuestra fe o su carácter interno, pero su *dirección*. ¿Tiene el objeto adecuado? Por lo tanto, el pecador no debe mirar al hombre ni a sus sentimientos, ni a sus circunstancias, sino sólo a Cristo, alzado en la cruz. ¡Cuán benditamente ajustadas están las facultades de la fe que se vuelven de derecha o izquierda para contemplar a Aquel que dijo: "Mirad a Mí, y sed salvos, todos los confines de la tierra" (Isaías 45:22)! El verbo hebreo traducido aquí como "mirar" es *panalt*, principalmente, girar, lo cual concuerda perfectamente con el significado de estos diversos músculos que estamos observando. En Números 21:9 hay una palabra diferente, de la raíz hebrea *nabat*, que significa "hacer que alguien mire fijamente". Esto está relacionado con el estado del corazón: la esposa de Lot miró (*nabat*), con el corazón en Sodoma (Gén.19:26). Muy bendita es la palabra: "*Mirad (nabat), ciegos, para que veáis*", o "mirad" (Isa.42:18). "Con el *corazón* el hombre cree para justicia" (Rom.10:9-10). Así, tenemos provistas tanto la condición interna como la externa de la fe. Pasando de la primera mirada de fe que salva, encontramos abundantes ejemplos de su uso en *nuestra* vida diaria. "Andamos *por* fe" (2ª Cor. 5:7). Cuán necesaria es la dirección correcta, que indican estos diversos músculos. "Tus ojos miren lo recto, Y diríjanse tus párpados hacia lo que tienes delante." (Prov.4:25). "puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe" (Heb.12:2) La palabra griega aquí, sugiere el "apartar la mirada", teniendo el ojo de la fe firmemente fijo sólo en el Señor. ¡Cuán necesarios son entonces estos elementos en nuestra fe que nos mantendrán mirando firmemente al único Objeto de la fe! Así, estos músculos nos recuerdan que necesitamos que nuestra fe sea devuelta a Él, apartada de cualquier otro objeto. Bien necesitamos orar: "Aparta mis ojos de la vanidad, y vivifícame en tu camino" (Salmo 119:37).

De igual modo, el músculo *orbicular del párpado*, que nos permite cerrar el ojo con fuerza, nos recuerda de dos maneras la responsabilidad del hombre. "Cerraron sus ojos" (Mateo 13:15), lo que demuestra el *rechazo* a la luz. "Los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas" (Juan 3:19). La oscuridad es una elección voluntaria del hombre. Toda la creación habla del «poder eterno y la divinidad» de Dios (Rom.3:20); pero al rechazar la luz, quedan sumidos en sus tinieblas y en los frutos corruptos que acompañan a las obras de las tinieblas (Ef.5:8-12). Pero existe otro significado de este órgano tan importante: cerrar los ojos a lo que no debe verse. ¡Ay!, cuántas veces el no hacerlo ha causado estragos en el alma. Los ojos de David (2ª Sam.11) lo llevaron al pecado. Moisés cerró los ojos a todo el esplendor de la corte del faraón, rechazándolo todo (Heb.11:24-26).

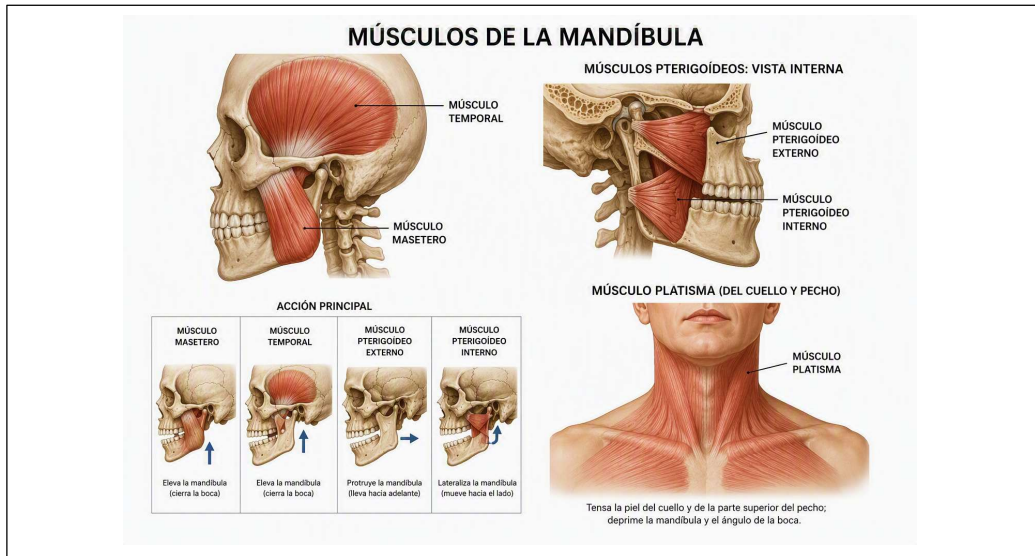
Esta agrupación de los músculos oculares también habla de nuestras funciones corporativas. Tanto en la doctrina como en nuestro camino, nos necesitamos unos a otros. La verdad de Dios es divinamente perfecta, pero todos tendemos a tener una visión parcial, y podríamos decir, unilateral, de ella. Para comprender plenamente la verdad, es posible que necesitemos que nuestras visiones parciales sean corregidas por lo que otros aportan. Ignorar esto tiene consecuencias negativas, ha dado lugar a muchas enseñanzas erróneas. "Todo error es en parte verdad", es un proverbio que expone un punto importante. De ahí la importancia de dialogar sobre doctrinas u otras concepciones de la verdad, y de contar con la ayuda positiva que cada uno aporta. La prueba definitiva es, por supuesto, la Palabra de Dios en su totalidad, pero la comprendemos a través de la contribución de cada miembro del Cuerpo.



(3) **Los músculos de la nariz** cumplen diversas funciones, principalmente para ensanchar las fosas nasales o, por el contrario, para contraerlas. Son particularmente productivos de cambios de expresión, indicativos de estados mentales como la ira o el desprecio. Espiritualmente, al ejercitar los sentidos para discernir el bien y el mal, estos músculos sugieren el aborrecimiento de lo malo y el deleite por lo bueno. Existe una detección del mal y una expresión correspondiente de repugnancia que pertenece a la anatomía espiritual de todo hijo de Dios. Tal persona detectará un mal olor

en la atmósfera espiritual que la rodea y mostrará su aborrecimiento, tanto con su expresión como con su testimonio. La "mosca muerta" será detectada y caracterizada.

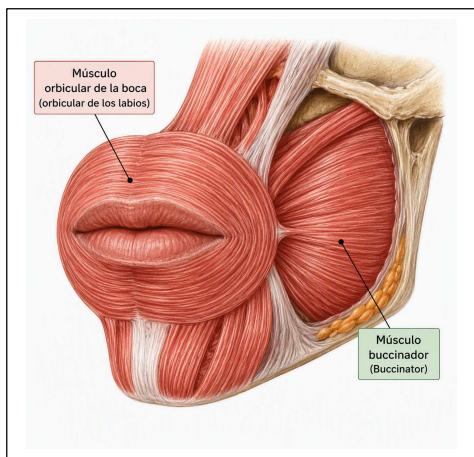
(4) En los músculos que tienen que ver con **el movimiento de las mandíbulas** al hablar o masticar, tenemos lo que sirve para el uso más que para la expresión facial. Y, sin embargo, incluso estos también contribuyen a la formación del rostro. Hay cuatro de estos músculos: el masetero, el temporal y los pterigoideos interno y externo.



Conectados con diferentes partes de los huesos faciales, están unidas a la mandíbula, o maxilar inferior, y participan en los diversos procesos de masticación y habla.

Estos cuatro músculos tienen que ver principalmente con el cierre de la mandíbula y sus diversos movimientos laterales. Para abrir la boca, estos músculos deben relajarse y la mandíbula inferior desciende.

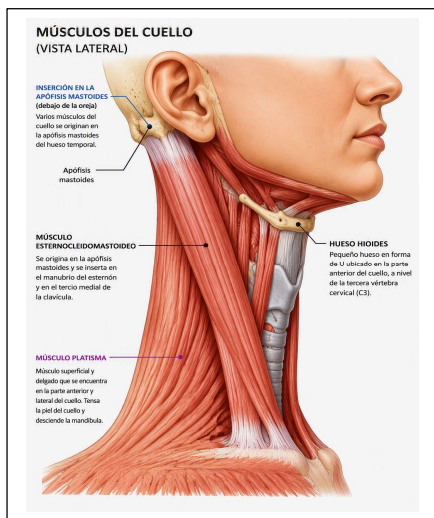
Así, la recepción de los alimentos es, en cierto sentido, pasiva. Sin embargo, existen otros músculos que ayudan en esta acción. Los músculos platisma del pecho y algunos otros conectados con el hueso hioides cumplen esta función. "Abre *bien tu boca*, y Yo la llenaré" (Salmo 81:10), lo que sugiere no sólo la recepción pasiva, sino también una bienvenida voluntaria a lo que nuestro bendito Dios está tan dispuesto a darnos. Pero el alimento no debe simplemente recibirse, también debe masticarse, y los músculos de los que hemos estado hablando sirven para ello. El significado espiritual de esto es claro, aunque una aplicación completa requiere un estudio reverente. Baste aquí señalar que se prevé todo para ello. "En su ley medita *de día y de noche*" (Salmo 1:2). Veamos cómo usamos estos músculos espirituales al tomar nuestro alimento diario. Este tema se abordará con mayor profundidad cuando tratemos el tema de la alimentación y la nutrición.



(5) De los músculos de la boca mencionaremos sólo dos. El *orbicular de los labios*, comprime los labios o los junta, rodea toda la boca y, con la ayuda de otros músculos, cumple las múltiples funciones de expresión, habla y masticación. El *buccinador* se extiende sobre la mejilla y sirve para mantenerla presionada contra los dientes, reteniendo la comida donde puede masticarse correctamente. También está estrechamente conectado con las comisuras de la boca y da lugar a la agradable sonrisa. Una variedad infinita.

La expresión se asegura mediante la acción de estos diversos músculos. ¿Cuán verdaderamente se aplica esto al hombre espiritual, y más particularmente en perfección a nuestro bendito Señor? "Eres más hermoso que los hijos de los hombres; la gracia se derrama en tus labios" (Salmo 45:2). En cada palabra y mirada estaba la expresión de Su propio propósito de hacer la voluntad del Padre y si "Su semblante estaba tan desfigurado más que ningún hombre" (Isaías 52:14) no era más que mostrar al Varón de Dolores en un mundo de pecado, o los golpes externos de aquellos a cuya malicia entregó Sus mejillas: "a los que le arrancaban el cabello" (Isaías 50:6). Todo era perfecto a los ojos de Dios y para aquellos que ven Su verdadera belleza.

Cabe recordar que estos y todos los demás músculos están bajo el control de sus nervios correspondientes. Es el "hombre interior", incluso en un sentido físico, el que da eficiencia y expresión a los diversos músculos. Cualquier parálisis parcial de una porción de los nervios faciales provoca la caída del músculo correspondiente. La boca deformada, el labio o la mejilla caídos, son indicativos de la interrupción del poder por el cual sólo todos pueden desempeñar sus funciones apropiadas y expresar la belleza de la verdadera salud. El testimonio de la Iglesia en su conjunto es compuesto, en el cual cada individuo tiene su lugar, que no debe ser ocupado por ningún otro. Cuando el Espíritu no se entristece ni se ve obstaculizado en su perfecto control, hay un reflejo armonioso de los rasgos de nuestro santo y bendito Señor. Porque el Espíritu siempre ministra de las cosas de Cristo (2ª Cor.3:18 con Juan 16:14). Así, se dice de Pedro y Juan en su valiente acusación a los líderes por su pecado en el rechazo y la muerte de nuestro Señor: "Se dieron cuenta de que eran hombres sin instrucción ni conocimiento" —nada más que músculos comunes— "se maravillaron y comprendieron que habían estado con Jesús" (Hechos 4:13). El Espíritu estaba reproduciendo en ellos "el testimonio de su Señor". Así, la ferviente expectativa y esperanza de Pablo era que Cristo fuera magnificado en su cuerpo (Fil.1:20). "Cristo vive en mí" (Gal.2:20). Por lo tanto, todo servicio y expresión muscular es típico de la energía del Espíritu Santo ministrando a Cristo, que de este modo es desplegado en la vida en la medida en la cual el Espíritu no es estorbado.



(6) **Músculos del cuello.** Ya hemos hablado brevemente de algunos de ellos: el platisma y los conectados con el hueso hioides. Estos últimos, como ya hemos visto, se utilizan para abrir la boca. Su función principal está relacionada con la laringe, afectando en gran medida la acción esencial de tragar. El *esternocleidomastoideo* es el músculo más prominente de la parte anterior del cuello.

Se origina en parte del esternón y en parte de la clavícula, y se inserta en la apófisis mastoides del hueso temporal, debajo de la oreja y en la parte posterior del hueso occipital. Sirve para flexionar el cuello lateralmente o, cuando los dos músculos

actúan juntos, para flexionarlo hacia adelante, como al inclinar la cabeza, y también sirve en esfuerzos inusuales de respiración. Estos diversos músculos se originan en la parte anterior del tórax. También existen series de músculos en la espalda, conectados a la columna vertebral, que sirven para elevar y rotar la cabeza. En conjunto, la cantidad y complejidad de estos músculos superan la capacidad de uno no profesional. Basta con señalar la hermosa armonía, compacidad y eficacia de estos músculos, que, mediante contrapeso o acción conjunta, mantienen la cabeza erguida y permiten moverla según sea necesario. Quizás algún médico cristiano profundice en esto, así como en otras partes de nuestro gran tema, para exponer las glorias de Cristo y de su Cuerpo, la Iglesia.

Hay algo especialmente atractivo para el adorador de nuestro Señor Jesús en la idea de servir como un músculo para dar una visión de Él en relación con su Cuerpo, la Iglesia, que de otro modo no habría sido tan claramente vista; sería el agente que Él usaría para expresar Su pensamiento, cuidado y afecto por cada miembro de Su cuerpo, y para salvaguardar y guiar a cada uno en un mundo hostil. Juan reflexiona sobre Su plenitud divina; Lucas dirige, por así decirlo, los ojos del Hombre perfecto hacia nosotros, mientras Él usa Su báculo de pastor para restaurar y guiar; Marcos lo muestra inclinándose más en un servicio que llegó hasta las profundidades mismas de sufrimiento por nosotros; mientras que Mateo lo eleva a su dignidad y autoridad reales. Pablo le da su lugar actual en la gloria, el Celestial, «coronado de gloria y honor», a la diestra de la Majestad en lo alto, muy por encima de todo principado, poder, fuerza y dominio, y todo nombre que se nombra: ¡verdad trascendente! —Cabeza sobre todas las cosas para la Iglesia, su Cuerpo.

Hay algo especialmente atractivo para el adorador de nuestro Señor Jesús en la idea de servir como un músculo para dar una visión de Él en relación con su Cuerpo, la Iglesia, que de otro modo no se habría visto tan claramente. Él es el agente que usa para expresar su pensamiento, cuidado y afecto por cada

miembro de su cuerpo, y para proteger y guiar a cada uno en un mundo hostil. Juan reflexiona sobre su plenitud divina; Lucas dirige, por así decirlo, los ojos del Hombre perfecto hacia nosotros, mientras usa su báculo de pastor para restaurar y guiar; Marcos lo muestra inclinándose en un servicio que llegó hasta las profundidades mismas.

de sufrimiento por nosotros; mientras que Mateo lo exalta en su dignidad y autoridad regias. Pablo le da su lugar actual en la gloria, el Celestial, «coronado de gloria y honor», a la diestra de la Majestad en las alturas, muy por encima de todo principado, poder, fuerza y dominio, y de todo nombre que se nombra: ¡verdad trascendente! —Cabeza sobre todas las cosas para la Iglesia, su Cuerpo.

Los distintos músculos del cuello están dispuestos en pares, a veces actuando al unísono, y otras veces contrarrestando el movimiento excesivo de uno. ¡Qué bueno es cuando el Espíritu Santo actúa libremente, utilizando a cada persona para contribuir, ya sea ayudando o moderando posturas extremas, para presentar a Aquel que lo es todo!

Esto también debe servir como sugerencia para los diversos elementos del nuevo hombre en el creyente individual. En cuanto a la cabeza como fuente de control personal, la mente y la voluntad que deben gobernar al hombre en su totalidad, cuán importante es que todo esté bien equilibrado, que ninguna característica unilateral nos marque, como es, lamentablemente, tan común. Una anatomía espiritual mostrará al menos que la culpa no recae en la provisión de la gracia divina.

(7) Concluimos este estudio, aún muy incompleto, de los músculos de la cabeza y el cuello, con una mirada a la lengua y los músculos que la componen. Estos se originan en parte de la mandíbula, o maxilar inferior, y en parte del hueso hioides y el paladar blando. Cada uno se une a alguna parte de la lengua, sirviendo juntos o por separado para extenderla, deprimirla o retraerla de diversas maneras. Es muy significativo del alcance espiritual de estos músculos que se originen, podríamos decir, principalmente *en la parte posterior* de la lengua, dejando la punta libre salvo cuando se controla desde *atrás*. La lengua, por lo tanto, se activa desde el interior del hombre: "De la abundancia del corazón habla la boca". "Con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación" (Rom.10:10). Así pues, en la vida diaria del creyente, la lengua debe ser controlada desde dentro. ¡Qué bueno es cuando el corazón está puesto y comprometido con Cristo nuestro Señor, y como resultado la lengua expresa lo que es conforme a Él!

¡Las palabras del Señor Jesús! ¡Qué perfección de verdad, qué testimonio fiel al hombre de su verdadera condición, de la santidad de Dios, pero de gracia más allá de todo entendimiento! En verdad, "jamás hombre alguno habló como este Hombre".

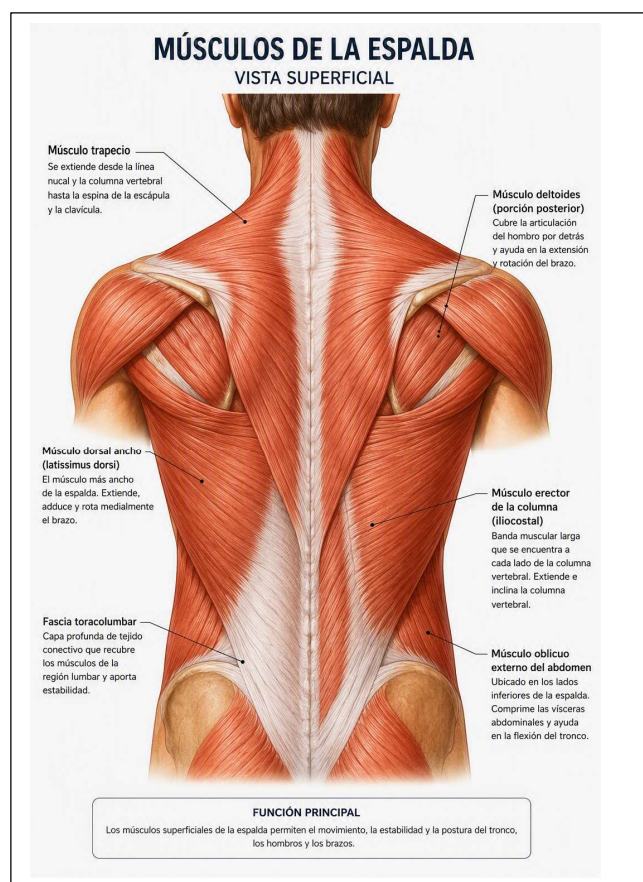
¡Cuántas almas cansadas y agobiadas han escuchado y aceptado su invitación: "Al que a Mí viene, no lo echaré fuera"! Todo brotaba de Su interior. Podía

conmoverse con compasión, o sentir dolor o santa indignación por lo que encontraba a diario, pero lo que lo impulsaba a hablar era siempre un corazón santo y obediente a la voluntad de su Padre.

Estos músculos que restringen la lengua desde dentro sugieren una verdad espiritual similar. La lengua desenfrenada (Santiago 1:26) es lo opuesto; la lengua engañosa (Jer.9:5) es, lamentablemente, común; pero el fruto del Espíritu se manifiesta en el "habla sana". "La lengua del sabio es salud" (Prov.12:18). Esto tampoco es señal de debilidad, pues "*la lengua blanda quiebra el hueso*" (Prov.25:15). Todo el autocontrol y la guía provienen de un corazón sintonizado con la gracia y la verdad de Cristo nuestro Señor.

La lengua es también el órgano del gusto y de la ayuda en la masticación y la deglución. Esto concuerda con lo que acabamos de analizar. Cuando el alma se alimenta de lo bueno, lo recibe, lo "saborea" y medita, así como asimila lo recibido, lo "deglute", el efecto se verá en la lengua en el habla diaria. ¡Que podamos conocer más de la gracia de esto de forma práctica!

2. MÚSCULOS CONECTADOS CON LA ESPALDA.



Muchos de estos músculos están más íntimamente relacionados con la postura del gran eje del cuerpo, la columna vertebral, más que con los más manifiestos movimientos, aunque por supuesto estos no están ausentes en absoluto. De hecho, el músculo sugiere movimiento, aunque algunas partes del cuerpo, como las extremidades superiores e inferiores, tienen mayor libertad de movimiento que aquellas que están conectadas con la base de la estructura. Los músculos de la espalda, junto con los ligamentos que los unen, cumplen la importante función de mantener la columna vertebral erguida, compacta y estable, y de permitirle los movimientos necesarios para ello.

Hablando en general, encontramos una gran variedad de estructuras musculares, con una gran complejidad, pero todas en perfecta armonía. De este modo, se garantiza la firmeza y la elasticidad del conjunto.

El hombre nuevo es un vertebrado espiritual. "Dios hizo al hombre recto" (Ecl.7: 29). Esto se refiere al primer hombre, que, por desgracia, cayó de su alto estado y se volvió "como las bestias que perecen" (Sal.49: 20). Pero la misericordia de Dios ha provisto una nueva creación que responde a Su mente de una manera más plena y elevada que incluso la posición original en la que se encontraba el hombre: "el hombre nuevo, que es renovado en conocimiento conforme a la imagen de Aquel que lo creó" (Col.3:10). El hombre nuevo, por lo tanto, es a imagen del Hombre perfecto, "creado en Cristo Jesús" (Ef.2:10). ¿Acaso no podemos, pues, buscar con reverencia los grandes rasgos de santa rectitud y, a la vez, de perfecta y adaptable gracia que caracterizaron a nuestro bendito Señor? En Él se hallaba todo lo que las infinitas perfecciones de Dios podían desear: "Mi amado Hijo, en quien tengo complacencia".

La Iglesia, como Cuerpo de Cristo, manifestará, como hemos visto, estas características de manera corporativa, donde cada músculo mostrará algunos rasgos propios de los santos individuales, o de grupos mezclados y unidos, "compactados por lo que cada articulación (*la unión*, lo que conecta) proporciona" (Ef.4:6).

En general, la espalda tiene cinco capas de músculos que cumplen diversas funciones, descritas por las partes del armazón con las que están conectados.

(1) *El grupo vértebra-escapular*. Este está compuesto por los más superficiales que mueven la escápula u omóplato y el hombro. El *trapezio*, que se encuentra principalmente en la parte superior de la espalda, se extiende desde la región de la columna vertebral hasta el omóplato y la vértebra. Eleva el hombro y rota el omóplato. El *dorsal ancho* se origina en la parte inferior de la columna vertebral, y se extiende hacia arriba hasta el hombro, sirviendo para tirar del brazo hacia abajo y hacia atrás, y también para rotar el hombro.

(2) Un conjunto más profundo también se agrupa con los músculos anteriores, pero aquí se ubica en su capa más antigua, debajo de la *segunda capa*. (a) El *elevador de la escápula*, como su nombre lo indica, es el más cercano a elevar el omóplato, y sus márgenes están más cerca de la columna vertebral. (b) Los dos *romboides*, menor y mayor. Todos ellos sirven en general para retraer los omóplatos, sosteniéndolos y coordinándose con los músculos pectorales que llevarían los hombros hacia adelante. Estos dos primeros grupos están, por lo tanto, directamente relacionados con los movimientos de los hombros, lo que garantiza una mayor movilidad y una postura erguida. De nuestro bendito Señor se dice: "El gobierno estará sobre su hombro" (Isaías 9:6). Para gobernar se requiere la fuerza necesaria. Incluso un gobierno humano debe ser fuerte, y

Aquel que envió a sus apóstoles para traer discípulos a su reino les dio la seguridad de Su poder: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18).

La palabra para "todo poder" aquí es principalmente "autoridad", pero esto siempre está con Él vinculado con el poder espiritual. Aún no se ha manifestado el reino en todo su poder, pero la presencia y acción de toda la fuerza necesaria para su testimonio está aquí. No hay nada que justifique; todo está sujeto a la voluntad suprema y perfecta de la santa y justa fuente de todo.

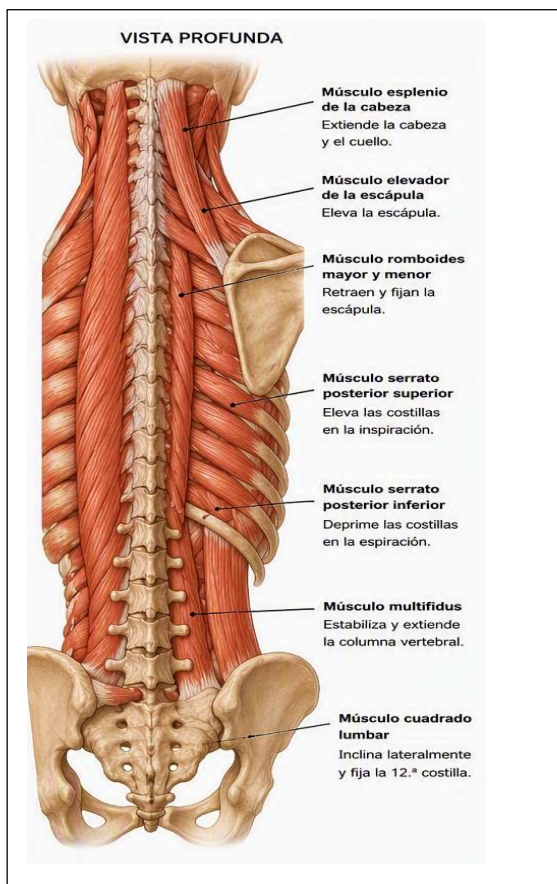
Un hermoso ejemplo de esta fortaleza se observa en el pastor que lleva la oveja perdida que fue encontrada: "La pone sobre sus hombros con alegría" (Lc.15:5). Esa fortaleza jamás falla. ¡Cuán seguro está entonces para el vagabundo indefenso y débil descansar sobre una fuerza que no le pertenece!

De igual modo, "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo" (Gál.6:2). En estos fuertes músculos espirituales de la espalda se ha provisto la capacidad de soportar las diversas pruebas y cargas que recaen sobre el pueblo de Dios. Ya sea que consideremos la acción del individuo o de la Iglesia en su conjunto, la verdad se ilustra de manera hermosa.

Algunos músculos del cuerpo están especialmente adaptados para soportar cargas. "Así que nosotros, los que somos fuertes", dice el apóstol, "debemos llevar las enfermedades de los débiles, y no buscar nuestro propio placer" (Rom.15:1). Uno puede no tener un lugar, por así decirlo, entre los músculos de la espalda o los del habla, y sin embargo ser indispensable para cargar peso. Estos grandes músculos de la espalda no son para lucirlos, sino para servir. Que aprendamos a usarlos siguiendo el ejemplo del gran Portador de Cargas.

(3) La tercera capa se llama *vertebrocostal*, por la relación de algunas de ellas con las costillas, conectándolas con la columna vertebral. Sirven como extensores de la columna vertebral y ayudan en la respiración. Otros, como el *esplenio*, con sus dos ramas, se utilizan en varios movimientos de la cabeza, así como extensores de la columna vertebral. No sólo algunos de los músculos de la espalda están adaptados para llevar cargas, pero otras están conectadas tanto con la respiración como con la cabeza. Llevar cargas no es un acto de fuerza ciego e irracional, sino que está vinculado con un control inteligente. Las actividades de algunos pueden estar directamente relacionadas con los hombros, pero otras están en una conexión más directa con la cabeza que guía y controla, y otras más con los esfuerzos extraordinarios de la respiración. Si, como veremos más adelante, la respiración sugiere el espíritu de oración y comunión, y cuán esencial es para sobrellevar las cargas con sinceridad. La autoridad de la cabeza es siempre suprema y la única guía para manifestar toda fuerza. Aquí, al menos, encontramos alimento para la reflexión y la fe en la oración.

(4) La cuarta capa, denominada vertebral, se conecta casi exclusivamente con diversas partes de la columna vertebral y las costillas adyacentes. El músculo que la compone se conoce como *erector espinal* y se divide en ocho partes. En su conjunto, se extiende desde los huesos de la pelvis, a lo largo de ambos lados de la columna vertebral, hasta el cuello y la cabeza.



Existen numerosas inserciones en las diferentes vértebras y costillas, y los diversos segmentos del músculo se superponen entre sí en estas inserciones, formando una continuidad a lo largo de toda la columna vertebral. La acción es, por consiguiente, compleja y completa. Toda la pelvis, la columna vertebral, el cuello, la cabeza y las costillas se ven afectadas en sus movimientos y postura. La cabeza se ve asistida en sus movimientos de extensión y laterales, al igual que la columna vertebral, y también ayuda en los movimientos de la pelvis al caminar. En resumen, es el gran Músculo de toda la espalda. También interviene en la respiración. No profundizaremos en los detalles, pero el maravilloso mecanismo de esta parte de nuestra anatomía evidencia la sabiduría, el poder y la bondad de nuestro Creador, el Verbo, por quien y para quien todo fue ideado y llevado a cabo.

Al intentar extraer algunas lecciones espirituales, recordamos la perfección y el porte de Aquel que, como Hombre perfecto, exhibió toda la fuerza, belleza y benevolencia de una actitud y acción perfectas. ¡Cuán erguido era todo Su porte, no solo físico, sino también moral y espiritual! Su rectitud era perfecta: "¿Quién de vosotros me convence de pecado?" (Juan 46). Él podía preguntar a sus enemigos, declarando sin temor a ser desafiado: «El Padre no me ha dejado solo, pues siempre hago lo que le agrada» (Juan 8:29). Incluso Pilato y el traidor Judas se vieron obligados a reconocerlo (Juan 18:38; Mateo 27:4); mientras que de los labios del «ladrón moribundo» salió la confesión que condujo a la salvación: «Este hombre no ha hecho nada malo» (Lucas 23:41). Él era el Santo y Justo, recto en todo Su ser. Si bien hablamos de manera general, se verá cómo esto se ilustra mediante la parte del cuerpo en la que nos estamos deteniendo. Si se sentó junto al pozo, "cansado del camino" (Juan 4:6), demostró cuán completamente se había involucrado en las circunstancias de la vida del hombre, dejando de lado el pecado. Si "se inclinó y escribió en el suelo" (Juan 8:8), demostró cómo se estaba

humillando no para condenar, sino para salvar. Si se arrodilló en oración, demostró su completa dependencia de Dios su Padre; y postrado en el jardín, su actitud sólo hablaba de su humildad y gracia, incluso hacia sus enemigos, y no de la más mínima debilidad o imperfección en su justicia inmaculada.

Por otro lado, el pecado corrompe la naturaleza humana, como se aprecia claramente en el castigo que recayó sobre quienes rechazaron a nuestro Señor: «Que sus ojos se oscurezcan para que no vean, y que se encorven siempre» (Rom.11:10). No había rectitud en ellos, y esta metáfora ilustra su condición moral.

También vemos cómo la gracia y la misericordia se encuentran con la condición postrada del alma. «Había una mujer que tenía espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años, y estaba atada, y de ninguna manera podía levantarse» (Lc.13:11). Por alguna acción de Satanás, esta «hija de Abraham», esta hija de la fe, estaba atada por el enemigo, y su figura agachada contrastaba con la erguida, con la libertad en la que Dios quiere que el hombre camine. Ella estaba indefensa, y su liberación llegó en la palabra hablada y la mano todopoderosa de Aquel que había venido al encuentro del "hombre fuerte" y liberó al prisionero. ¡Qué "cosa gloriosa" (v.17) era ver la figura erguida y jubilosa de alguien así liberado! "La pesadez en el corazón del hombre lo hace abatir, pero una *buena palabra* alegra", "Se alegró" (Prov.12:25). Recibió "el manto de alabanza en lugar del espíritu de angustia" (Isaías 61:3).

Como se mencionó anteriormente, los músculos sirven para la movilidad, no para la mera rigidez. Un "cuello rígido" ilustra el orgullo y la rebeldía del corazón natural, que se resiste a Dios. Esto contrasta con el Señor, "manso y humilde". Podemos estar seguros de que, en toda la abundancia de su provisión, el Señor no ha omitido proveer para la verdadera humildad, unida a la dignidad y firmeza del verdadero alcance de la fe.

De las sugerencias corporativas con respecto a estos músculos, se aplica una observación similar, teniendo en cuenta que el testimonio y la conducta de la Iglesia son integrados. Cada parte del cuerpo, como hemos visto frecuentemente, contribuye a la acción del todo. Así, en los movimientos de la espalda, todo se compacta de tal manera que asegura la estabilidad, la firmeza y la variedad de toda postura y testimonio. Habrá la actitud correcta hacia todas las grandes cuestiones, doctrinales y morales, y al mismo tiempo, sin sacrificar la fidelidad al Señor, un espíritu de verdadera sumisión y consideración de las necesidades de los más pequeños de los suyos. Habrá conformidad con la imagen del amado Hijo de Dios, teniendo su carácter reproducido en la compañía de su pueblo aquí abajo: "Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Efesios 4:13).

(5) La quinta capa está compuesta por varios músculos, más pequeños y grandes, que intervienen en los movimientos de la columna vertebral y la cabeza. Sin duda, aquí hay una gran cantidad de sugerencias, que esperan un estudio reverente y minucioso, pues todo forma parte del plan de un Creador misericordioso y fiel para el Cuerpo de Cristo, de Aquel que «amó a la Iglesia y se entregó *por* ella».

Samuel Ridout¹

¹ Lamentablemente los artículos acerca de la Fisiología del cuerpo humano, que han sido tomados de la revista Help & Food for the Household of Faith terminan imprevistamente debido a que el autor partió inesperadamente para estar con el Señor. Y esta obra ha quedado inconclusa y no es poco común que esto sea así. Recordamos W.Kelly no pudo terminar sus artículos sobre la vida de José, obra que quedó inconclusa también. F.W.Grant no pudo terminar su obra la “Biblia Numérica” y partió para estar con el Señor mientras estaba tratando el libro de Ezequiel, justo cuando tenía delante de sí el Templo de Ezequiel. Pero Dios usó a un hermano llamado John Bloore quien pudo completar esta obra. Con respecto a este libro inconcluso, que comenzamos con cierto temor de emprender, conscientes de nuestra incompetencia para abordar un libro de este carácter, pero animados por las verdades de la palabra de Dios que aquí se presentaban de una manera poco común, emprendimos esta tarea, confiados por otra parte que la revista donde estos artículos aparecieron escribían hermanos piadosos y de gran conocimiento de la verdad bíblica, finalmente fueron motivos suficientes para rescatar esta obra de nuestro hermano Samuel Ridout, que debe haberle ocupado mucho tiempo de trabajo. Al parecer en este caso no ha habido ninguno, a nuestro conocimiento, haya continuado esta obra. Pero a pesar de eso, pensamos que la obra de nuestro hermano, a pesar de que lo mucho que ha avanzado la fisiología humana desde los días en que nuestro hermano escribió, no opaca ni disminuye el valor de la enseñanza espiritual presentada aquí en esta forma.